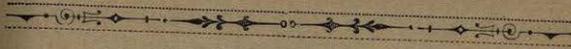


detúvose bruscamente el tren; bajaron todos á buscar el cadáver de aquel hombre, y sólo encontraron las huellas pequeñas de un niño recién nacido.

Desde entonces anda Vicentillo asustadizo como gacela, y con el espíritu temblón!



## El Alma de las cigarras.

A EFREN REBOLLEDO.



Helechos arboriformes, coleópteros metálicos, limbos de hojas fosilizadas, mariposas de colores varios, pavones de tinte opaco, carcajes de huicholas y copias en yeso de petroglifos antiguos, todo en relativo desorden duerme en una vitrina de mi parva biblioteca, en cuyo ambiente se respira reposo y respetuosa quietud.

Sobre la mesa, los folletos últimos que cuentan la irreverencia de los sabios egipcios, cuya implacable azada turba el reposo sacrosanto y milenar de los Faraoes, Jefrenes y Sesostris; el cenicero que remeda un escarabajo de madera obscura y el tintero formado con tres conchas tornasoladas y frágiles.

A la izquierda, una cajita de oloroso cedro, en cuyo fondo tapizado de terciopelo negro se miran y simulan fascinadora conversación tres cigarras melodiosas,

de ojitos verdes y alas como de gelatina transparente, que forman el centro de un círculo de espigas de trigo candeal.

Por una rotura del cristal esmerilado entra un rayo de sol occiduo, que parece una probeta lengua y fina de agua llena, en la que flota el polvo de la alfombra como una legión de animalillos inquietos.

El silencio hace posibles los alivios con sólo la meditación; el crepúsculo es el amigo de los pensamientos solemnes como pontífices, que ríen de lo efímero y ponen el oído atento á las grandes voces de la tierra y la inmortalidad.

¿El espíritu moderno necesita resucitar como Hipólita al conjuro de Esculapio? ¿Tendrá que bajar nuevamente Apolo á matar la serpiente Pyton?

En el absoluto olvido de lo fugaz de la vida humana está la salvación. Finjamos creer como lo desea un nobilísimo escritor moderno, que la juventud se encuentra al fin de la existencia; afirmemos, con fe de romanistas, que nuestros obeliscos y nuestras obras, y las ruinas de Palenque y los mármoles de Arundel, en donde está grabada la crónica de Atenas, vivirán por una eternidad de siglos y de siglos. El anhelo así, tiene acicate; el velero así, pide aquilones.

No pensemos en lo desproporcionado de las recompensas; el arrufiado triunfa siguiendo los senderos que trazó Ezequiel, preso en Caldea, y que por decreto supremo comió durante trescientos noventa días

panes de cebada con inmundicias humanas; nó, las tumbas que guardan tales despojos no merecen ser siquiera muladares; hagamos porque nuestras fosas merezcan las flores de nuestras amadas, no olvidando, como labios divinos expresaron, que el tiempo está formado de polvo de oro, colmillos de elefante y plumas de avestruz.

Acopiemos energías y difundamos bienestar y fe; brillantemos el alma con el deterativo de la voluntad, para que, como broqueles bronceos, aprisionemos el Sol y despedamos rayos. No morirá seguramente el que mire el Tabernáculo; si ya no hay perros que devoren Acteones, que haya Acteones devoradores de perros.

Quememos nuestra vanidad como seroja; los arúspices actuales predicen vuelos á las erguidas flechas que con astil sin barbas, parten de los arcos distendidos; á los sembradores que cantan bajo soles y relámpagos y á los cometas cuya ruta se pierde más allá de los sueños de los hombres. El espíritu que pisa sus lentejuelas y en combustión perpetua se trueca en músculo, bien puede en los juegos circenses de la humanidad, oír nuevamente con sonrisa de serenidad las resonantes estrofas pindáricas, sonoras como parches bélicos en el aire trémulo de la victoria.

Tengamos optimismos salvadores; pensemos que sobre la disgregación de la materia flota una enseñanza, queda un ger-

men y se trasmite un canto de gorja á gorja y de corazón á corazón. Las abdicaciones huyeron de las almas; el pensamiento debe laborar hasta en las agonías, como las mariposas que vuelan sólo para dejar sus huevecillos en un peciolo y morir.

El arredro es enemigo de la fe; la envidia hace perder muchas horas en el viaje, que debe ser fructífero por corto y debe ser corto por fructífero. «En esta época, una hora perdida es una pérdida irreparable.» Laboremos, cantemos sobre la muerte!

.....

.....

Distraído en mis pensamientos, la sombra anegó la estancia. Un infinito sosiego me invadía. Súbitamente, en el silencio grave, como diminutas carracas de sándalo sonoro, como uñas de mujer dobladas y de pronto sueltas, como lengüitas de niño que golpean saboreando el paladar, las tres cigarras, muertas hacía cinco años, estridularon alegremente como ante el sol y el viento ardentísimos del estío, se carcajearon locamente y sus alitas secas vibraron de placer!

—♦—♦—♦—

## Almas Errantes.

---

A JUAN R. ORCI.

“El ferido de punta de ausencia y el  
llagado de las entretelas del corazón....”  
CERVANTES.

—Me muero sin esperanza; presiento, desconocida compañera mía, que nunca nuestros corazones latirán á compás, como el astro en el cielo y en el estanque su imagen. Tú eres la de cabellos de oro y alma frívola que pasa en automóvil á mi lado, despertando asombros y mirándome con indiferencia sin igual. Ignoras mi formidable soledad y la inextinguible sed que tengo de ternuras; recuento las estrellas, y me parecen despreciables junto á mis anhelos infinitos, y antójaseme parvo el horizonte al lado de la inmensidad de mi desesperación perpetua.

Momentáneamente fija tu pensamiento y escúchame. ¿Has visto, por acaso, lo que oculto en mi interior? ¿Conoces, por

asomo, los principios que sustenta mi moral? ¿Por qué, pues, insultas mi dolor con una superioridad y compasión, que ni acepto ni reclamo? Hagamos el balance de nuestras vidas, y prescindiendo de inútiles susceptibilidades que van á ras de tierra, afrontemos la verdad.

—Sentimental educación nutrió tu espíritu; ignoras todavía que golpes de fortuna, y acaso algo más vil, llevarán á tus padres un caudal; y ellos, pletóricos de vanidad y ansiosos de ocultar un gran pasado, te infiltraron el desprecio á las montañas de donde surgen las catedrales, el odio á las campiñas solemnes de fecundidad y pródigas de simientes y gorjeos; el horror á los socavones de las minas que ocultan gemas y esconden auroras y el miedo á la miseria creadora y refulgente.

¿Qué has visto en tu redor? ¡Horribles abyecciones y desvergüenzas inauditas; vanidades espantosas de corazón y pensamiento; almas ciegas á la belleza, sordas ante el infortunio y mudas ante el amor! ¿Cuál estandarte has visto flotar en esas platicudes infinitas, desoladoras como un agrio cantoral? ¿Qué palabra de justicia ha signado tu alba frente, con el pliegue de la meditación? ¿Qué armonía de ensueño ha crucificado tu espíritu, en la blandá cruz de una esperanza, que tienda su ala diáfana más allá de la Vía lactea, que corre como un río de mariposas blancas? ¿Cuál querella que plañe

de amargura te ha hecho vibrar con estremecimientos de piedad y presentir que hay almas en cuyas noches interminables, pasean los cometas sus hachones humareros, y las auroras boreales levantan su arco mirífico como de coloridas aguas que saltan de un venero mágico?

Acaso tu inconsciencia te disculpa; temes amar á quien la vida le mostró su libro, á quien percibe las lejanas voces de la eternidad entre el necio tumulto de las vanidades humanas.

Tu talento y tu carácter rechazan la muralla de preocupaciones indecorosas que te ahoga, y en espera vigilante aguardas al que debe despertarte, aun cuando ostente la sandalia polvosa del camino y el áspero alforjón de los viandantes. El sabe cuentos que huelen á mirtho y leyendas que ingertan alas en los hombros.

Le esperas y te espera. ¿Cuándo?... Tal vez pronto! Cuando pases en tu rápido automóvil por el bosque secular, con tu sombrero de plumaje regio, mirando como avecilla en manos de un rapaz á los transeuntes, empalidecerán las rosas de tus mejillas á su mirada, y algo interior, como un repique de campanas celestiales, como el presentimiento de una sucesión de primaveras, te dirá como un suspiro: ¡es él!

Y acaso no podrá acercársete, porque la leyenda de la fortuna y fausto de tus padres, le impondrán. ¡Imposible que acepten ellos un ideal en tu vida, siendo

la suya un camino aplastante y arenoso, en donde no culmina ni una flor! Pero tú sabrás buscarle, que ya reclusa en tu convento de oropel y falsedades odiosas, suspiras por una voz que tenga timbre de verdad y sonoridad augusta de viento libre; por una voz que te sugiera el ansia de morir de amor, de correr por la campiña perfumada y virgen, para reposar después sobre el pecho de donde suspirando se escapó!



## Un Alma en Pena.

A MANUEL ZAMORA.

Caliginoso y triste estuvo el día. El arenisco movedizo de los médanos no formaba encajes, ni resonaba dulcemente contra los arbustos endurecidos.

Parduscos paquebotes estaban inmóviles, unidos por sus cadenas como una continuación de ceros á las boyas fluctuantes que se antojaban peonzas gigantescas. Cañoneros pintados de blanco oscilaban mansamente, y unos botecitos de vela, que á distancia simulaban carpas diminutas de cirquero, iban por el mar tranquilo con imperceptible balanceo de cunas.

Una lancha carbonera arrojaba elipsoidales columnas de humo negro, á intervalos silbando roncamente, y en redor de un trasatlántico germano, semejante á un gorro frigio colosal, las gaviotas en vacilación perpetua, como arpones retenidos

por cables invisibles, espiaban las inmundicias que de los barcos emergían.

Entre furgones ennegrecidos y botes abandonados en la playa para indispensables calafateos, como restos de un naufragio formidable, morenos cargadores, masticando y concluyendo á sonoras fumaradas un tabaco, tumbábanse al desgaire.

Los malecones desiertos; el mar rizado apenas como si á flor de agua millones de peces caminaran y difundidos en el ambiente, desencanto y hastío.

En las afueras de los restaurantes, las diseminadas mesillas metálicas esperaban vanamente parroquianos, y en el sombraso parque desierto, solamente las urracas como cerraduras enmohecidas rechinaban ásperamente. Los esbeltos cocoteros movían blandamente sus plumas de quetzal, y por las persianas de madera veíase á los gallegos clavados en sus pupitres. A ratos, bellas mujeres pálidas, con vestidos de piqué y corpiños de indiscreta reddecilla, pasaban, de blanco como sus almas adorables, por los portales amplísimos y desiertos.

Añublado estaba el cielo; el aire densísimo y ardiente; hálitos de horno subían del suelo; las brisas soltaban sus alitas desfallecidas y las hojas de los árboles colgaban sin aliento.

Lentamente las arenas fueron adquiriendo vida; se perseguían en las baldosas, resbalaban por los médanos como gusanillos inquietos; volaban repicando en los

cristales y arrastraban y torcían sus velos en los cruceros de las calles. Los árboles se agitaban convulsivamente; el viento del Norte parecía romper las gavias, resoplando en las cornetas de los ventiladores de los buques, que al oscilar y desplazarse un poco, hacían correr contra el muelle incommovible los cepillos de cable que evitan las abolladuras de los cascos, y en la noche se les oye rugir como leones.

Bajo el piélagos, antojábase que reventaban cohetes de dinamita; las ondas resonantes tenían hervores de plata fundida, y cuando á los peñascales del faro subían arrastrándose las olas, parecía que casi á ras del agua iban resoplando cólicos tritones fabulosos ó crinados hipocampos nunca vistos. Una balandra entró á la rada y el bailoteo de las embarcaciones pequeñas no cesó un instante.

La tarde fué cayendo apesarada y sombría; el viento estregábase en los mástiles de los navíos y en los muros de las casas; el resonar inacabable de las ondas llenaba el espacio y sordamente se oían himplar los cepillos de cable al rozarse contra el muelle incommovible.

El fanal parpadeante abrió su abanico de fulgores; las luces de los barcos, al reflejarse en las aguas trémulas, dejaban un rastro de luz rojiza como resplandor de cañonazo, y la luna que á instantes se mostraba, en el cielo parecía una lámpara de cristal esmerilado con pie de onix, y en

las ondas, una rosa de nácar deshojada, cuyos pétalos convulsos y luminosos se buscaban como tratando de adherirse al cáliz.

La temperatura había descendido bruscamente; el Norte barría las calles y aventaba á los vitrales puñados de granalla.

En el restaurante de mi hotel, cenaba con Manolo Paderewski; un amigo amado fraternalmente y cuyo corazón ha estado siempre en mis cuitas. Hablábamos de la belleza imponderable del mar; de las Oceanidas de ojos glaucos que cantan quejumbrosamente; de los delfines eróticos; de las sirenas que lloran por tanto naufrago infeliz; de los cefalópodos que flotan como yerbas; de las actinias que viajan con sus raros parasoles; de las medusas que pasan como setas extrañas; de los infusorios fosforescentes que ponen lumbre de aurora bajo las aguas del mar.

—¿Irémos al rompeolas?

—Irémos.

El Norte ahogaba con su fuerza; parecía detenernos y tratar de derribarnos. Los barcos en la noche parecían ruinas que por estrechas claraboyas lanzaban un poco de luz; remedaban las olas á distancia un tumulto de gaviotas disputándose un manjar, y ya en el malecón veíamos, como nubes escarmenadas, manchones de blanca espuma que al estrellarse contra el muro regaban sus millones de margaritas de cristal.

Las olas se abombaban como si bajo de

ellas soplara un Leviathán; negras á lo lejos y diáfanas cuando bruscamente detenidas se abrían como gigantescas conchas marinas encarrujadas por doquier.

De pronto vimos un pequeño resplandor fluctuando en el oleaje; fué acercándose, y la ola que le traía en su seno se detuvo un instante al nivel del malecón; y entonces vimos, como en las manos de una reina, el cuerpo de una mujer más blanca que todos los mármoles, que parecía no pesar y que besándonos casi, lanzó un gemido de dolor. La ola se trocó en espuma, y cuando trémulos bajamos de la muralla y estuvimos solos, yo grité á mi amigo:

—¡Ese cadáver que tú viste, es el cadáver insepulto de un gran ensueño de amor!





## Almas Silvestres.

---

A BARTOLOME CARBAJAL Y ROSAS.

Entre brumas temblorosas, los aovados lomeríos simulan respirar; novillos y terneras descansan rumiando zacatonos que como tumores movibles hinchan sus cuellos nervudos, y golpeando al ~~corrrr~~ los esféricos guijos del canchal, que fingen grandes ojos pétreos que vanamente aguardan órbitas, toros y bueyes mugen brillando al sol ardiente como recién mojados.

Una peregrinación de pequeños case-ríos se dirige al río que balancea diminutas y frágiles canoïllas, como chisteras flotantes, y en aquel valle aridecido, cerros y montes parecen saxeas y gigantes-cas olas violeta.

¡Cuán pequeñas miranse las yuntas en la inmóvil cabezota gris y rapada de aquella colina! Se antoja que rompieron algún carro chirriador en alevosas é inevi-

tables trampas fingidas por quebrajas, y aun vienen arrastrando la fuerte lanza del arado.

A orillas de zanjones, acahuales marchitos que sacude la brisa, niegan tenazmente inaceptable afirmación desconocida, y flores amarillas y estriadas de árnica, lucen profusamente como áureas onzas caídas de alguna rota escarcela. Y al mondo valle salobreño se ocurre que salieron á fachendear, meneándose garbosamente, dos ó tres florecidas y débiles caléndulas; y entre rocas, sobre las que pasean escamosos lagartos verdes y como oxidados, grises nopaleras muestran sus raquetas con púas. Están los árboles amarillos igual que si hubieran estado junto á una hoguera; esmirriados abedules arrojan sus monedas de plata, y los pinos silbantes gotean piñuelas como llamando la indócil atención de los campesinos acerca de aquella roñez.

¡Qué modorra de campos y qué flojera de próximo sueño! Allá, muy lejos, larguísima estera de flavo césped y grama seca, en una pereza de millas; y aquí, muy cerca, como grandes colmenas grises, ateridas chozas pegándose á la selva.

¡Y qué frío más picante! Gorriones amodorrados y esponjados, el pico bajo el ala, semejan flores del mismo cardo marchito que les soporta. En arenosos carriles hacen los vientos efímeros rehiletos, ó asustando á los rapaces, soplan en las puertas pegando la boca en los resquicios.

En los caminos temblotean pajazas, ocurriéndose dudar si las mueven brisas ó algún forzudo escarabajo, y viendo esta desolación, se piensa en poblachos de zonas tropicales, florecidos quizás, porque á ellos fué la flora de todos estos prados en inverosímil y rápido trasplante.

Ya de noche brillan las rancherías como fuegos de campamentos vigilantes, y en las miserables casuchas ¡qué lumbraradas levanta el desbroce de los árboles, y cómo emborracha el calorcillo y aquel aroma de liquen! Dormitan fuera los perreznos, y en las horquetas de los sauces soplan los buhos sus calabazos vacíos. Si no acude pronto el sueño, ruidos nocturnos traen supersticiones, fábulas mendosas y extravagantísimas interrogaciones. Las umbelas perfumadas de muchos vegetales silvestres apriétanse atemorizados cuando pasa una nube. . . . ¿Y por qué? ¿Hay relación entre el fusil leproso y la mirada socarrona del coyote que impida en la cazoleta la deflagración de la pólvora? . . . ¿Obedeciendo á órdenes que sólo ellos escuchan se dejan rodar los pangolines por empinados pedriscales cuando cae la nieve? ¡Ah, y la torpe farándula del cerdo con sus cuatro espuelas córneas, soplando su trompa y produciendo al correr sonido de barril repleto de onzas! . . . ¡Qué sandeces inspira la noche en las campiñas! Eso sí, el frío del amanecer adormece y quema los dedos! Cuando la neblina como un toldo inmenso se va diluyendo en el ambiente agri-

sado, parece que sobre planes, en lomas, en bigotes de rucios abellacados, sobre caras y lomos de toros abantos, miriadas de arácnidos han tejido su red, quizás por atrapar en su cristalina urdimbre alguna estrella sonámbula.

Todavía verran dispersos algunos jirones de niebla prendiéndose á oyameles que incrustan de diamantes, y ha empezado ya en las eras el desgrane de maíz á fuerza de palizas.

Sobre cuatro bancos destrozados y reñcos está el bastidor agujereado y enorme de cuero crudo; allí, montones de mazorcas de granos traslúcidos, y en redor trabajadores en actitudes amenazantes con gruesas porras como brazos que han agarrado por las muñecas, á una voz acompasadamente descargan su inocente coraje sobre aquel acervo de panojas. Llueve á chorros la criba ebúrneos granos, y vientos hipócritas que parecían estar en acecho, se cuelan entre las piernas de los trabajadores hurtándose el tamo que sale como blanca humareda, que concretándose un poco más lejos, se acuesta en la tierra nevándola. ¡Qué músculos! Cinco fanegas y un almud en una mañana! Aquel de pechazo guijarreño como encuentro de potro, parece con bieldo brillador en la mano un Júpiter en calzones; esotro de ceñidor de otate, aceza como buey, y este caribobo de pantorrillas duras como puños coléricos, jadea como fuelle.

No hay vuelos de golondrinas de afila-

das y curvas alitas como guadañas diminutas, pero dispersos y espiando mañosamente ocasiones de robo, cuervos jesuitas como ídolos de obsidiana manchan los barbechos, mientras en trojes pardiscas, parvadas de tordos rechinan sus carracas.

¡Y qué menudear de porrazos! Como que Navidad se acerca y no han de faltar en las chozas cazuelones sangrientos con remolacha en rodajas, confites cacarizos, jícama jugosa, corazones de lechuga riza y tostado maní. Ya en los ventorros del puebluco se balancean resecos bacalaos que fingen pecheras de cuero; al frente oscilan velillas y blandones como tubos abollados de un gran órgano, y anchas ruedas de cohetes como émbolos sucios.

¡Señor, de palurdos que aún bajo sol canicular están en plástica perenne con la gleba, no viertas fuego en las espaldas agobiadas por fardos de infinito desdén; abre tu palio misericordioso! Y en almas zahareñas de picaruelos que ni aun desueldados zapatitos tienen que dejar en el fogón, infunde amor al terruño, á la nébula errante y al cementerio que guarda los huesos de sus padres. ¡Eso es la Patria!

\*  
\* \*

¡Qué arrogante está Vicentillo con su aquillado sombrero de paja! En un rincón de la era, mujeres y chiquillos apartan mazorcas de podridos dientes vaciándolas

en banastas, y entre la inocente albórbola de aquella gente atareada, Juana, esposa de Vicente, ríe alegremente, bobalicones los ojos de puro tiernos fijos en él. La madre de Juana trabaja con dulce placidez á su lado. Los tres y el bribonzuelo nietecillo viven al borde de un barranco que sombrean nogales y olorosos cedrones, y en cuya puerta que custodia pitafioso perro jabaluno, en primavera brillan girasoles y dalias. Dentro, el camastro de tablas duras; en los muros, San Isidro, un machete roñoso, cuernas de ciervo cuyas raspaduras quitan dolores de muelas, y en suspenso tablón, jarrillos y legumbres. Al fondo, la cuna formada por pedazos de cuero que fué criba, y en ángulo de paredes hollinadas, el hogaril que constantemente atizado hace vomitar al hollón de barro trepado en grandes piedras, coles y arroz.

¡Claro, se ha trabajado fuerte por ser víspera de Navidad! ¡Cómo se ha de quedar el pillete sin el gabán de grueso estambre rojo que luce en la tienda del gachupín trapacero que siempre está echando millonadas por la boca maldiciente! Y además, siquiera una botellita de infusión de pasas con marbete llamativo de Jerez, para quitar la sed producida por el pescadillo salado, y las ruedas de pan basto salpicadas de queso añejo y borrachas de miel.

¡Sobre todo el gabán! Cuando abra el rapaz los ojos adormilados, se le dirá que

los ángeles... que Dios... ¡A ver cómo se le explica! ¡Es tan chiquillo!...

¡Pobres gentes, ricos labriegos que ignoran rascaciones de anhelos punzantes y uñaradas tremendas de ambiciones sordidas! Sí, sí, os lo juro, tendréis Navidad!

\*  
\* \*

Está profundamente silencioso y diáfano el ambiente; alentar creyérase bajo la transparencia de una campana de cristal. Friolento remusgo besa los carrillos trayendo aromas de té silvestre y marchita pimpinela, y se antoja que la campiña toda está meditabunda y anegada en olvido. Un abejarrón pasa quemando su invisible cohete, y de vacadas mugidoras se oyen profundos reclamos; en bezanas felposas rocines y burruchos tristonos y espelurciados desganadamente pacen, y en alto, como parvadas de cometas retenidos por aquellos arrapiezos boquirrotos que juegan y se tumban en la monótona y triste llamada, giran lentamente zopilotes crucificados y grandes auras de rojos picos de cautín. Véense muy lejos ventas polvosas de paredes cacarañadas al constante y fiero restregón de muladas flacuchas que soban sus irritaciones causadas por tábanos, y en cuyas puertas se columpian candilejas turbias como pupilas ebrias, y gruñen en los macheros destechados, cerdos de trompa seca como agujereado círcu-

lo de vaqueta, gallinas botudas y tres ó cuatro carneros mugrosos y atediados.

¡Todo ruido se dilata en este ambiente: aullidos de canes, cacareos de gallinas, rastrellidos de chicotes! ¡Qué tristeza de valle abarrancado!

Hasta aquí llegan los menudos hachazos de Vicentillo. Esta noche no han de faltar en la choza fogaradas que radien azarconadas luces; crústulas de anacahuite, rajadas de madroño, seroja... ¡Vamos! Ya se oirá el vocejón del Bóreas que pide calentarse. ¡Bienvenido, que pase y tiritando se tuerza, estregue y revuelque halagado en tizonas y rescoldos, mientras recuerdos dulcísimos se van derripiendo en los espíritus como aromática resina!

¡Y quién duda un momento de la ligereza de Vicentillo! Pronto bajará del monte con su lígula de buey cinchándole la frente y el gran tercio de leña á las espaldas. ¡Qué importan pinchos de agavanzos engarfiados y dolores de ijada! Le aguarda ya el mocozeño espatarrado que sonríe á su madre grande que aplaude sus picardihuelas, y eso basta. En su casa el arrapiezo es monarca y sabe soberanear. ¿Con él azotainas?... ¡Psh!

\*  
\* \*

Juana fué á Villahelada por el gabán escarlata. Vicentillo ha llegado y ella no parece aún. El camino aculebrado se borra, y ni señal siquiera del rostro jalde y enorme de la luna. Entretúvose tal vez diciendo un rezo por su Vicentillo, en ver los ígnitos altares de la iglesuela, las trémulas hiladas de gorgoriteantes silbatos, incendiarios pañuelos, enmelenados cestones de dátiles y tiendecillas de floreadas cretonas. A uña de caballo devoran el camino rezagados campesinos; enciéndense chozas, empieza el jugueteo de cohetes y el fugaz burbujear de las estrellas.

¡Bah, si ya viene muy cerca! ¡Y qué talonear se trae la Juana seguida del perro que la colma de arrumacos! En la diestra el gabancillo estambrado, y en la otra el paquete de tabachín para que pronto llegue la soñera. ¡Vaya con los perros que se insultan á distancia! ¡Cobardones, cíntense allá en barbechos lampiños y rompanse los hocicos!

¡Quieto! Juana dice al jabaluno que ladra escandecido. ¡Quieto! Empujó la puerta de la choza que giró sobre crudas correhuelas, y salió una voluta de humo azul como queriendo taparle las pupilas. Vicentillo y la madre de Juana unidos en el beso de un amor impuro, abrazándose dormían, y el niño, también dormido, con

los bracitos en cruz parecía separarles. ¡Ah! ¿Por qué barrancos ó verdoyos que alisan peñas no hicieron resbalar sus piés para que se rompiera en su aspereza la frente? Ella, que jamás dió abrigo á descariños, que guardó fidelidad, que tanto gimió por las citas con su Vicentillo en aquel manchón de sardones, sintió que oprimían su pecho, que golpeaban sus oídos, y loca de rabia infinita tomó la porra barnizada por el uso, descargándola sobre aquel hombre que había sido su vida. Desvió la cólera el golpe, y el niño siguió durmiendo . . . . durmiendo para siempre! . . . .

Pero tuviste en Navidad, ¡oh picaruelo! un gabán escarlata: tu pobre blusita de manta teñida con tu sangre! . . . .




---

## Almas Gemelas

---

A DON MANUEL H. NAVA.

Uraño ingénitamente, quizá reconcentrado por vagos presentimientos de ulteriores infortunios, había guardado mis afecciones, defendiéndolas con mi sequedad, como el nido su ave y la concha su perla. ¡Qué ingenuo! Ahora, perla y ave, ni concha tengo y en balde busco el nido!

¡Cómo evitar lo que se tiene ya! ¿Destrucción, humo, lumbre, no van dormidos en leños como en yescas? Esta frágil sutileza de nube que metamorfosea una brisa, y esta liviandad de pluma que hace bailotear un aletazo de azor, han lustrado mis pupilas con lágrimas, como adquieren transparencia en las aguas esos grandes ópalos turbios que se llaman hidrófanas. Mi alma fué como perla de aljófar que la noche callada prendió en carnoso pétalo de lirio; al amanecer abrió el sol en su in-